

Inestabilidad de las ciudades nicaragüenses



lavera de Yorick en las manos de Hamlet. Y lo que se hace y deshace hoy, qué cerca nos parecerá de sus orígenes: Los pleitos de partido, los intereses creados, los crímenes de Estado, las angustias telúricas, el cotidiano transcurrir del nicaragüense ya está allí, en semilla, en germen, acumulado en esas ruinas.

No reviviré las anécdotas. Sólo quiero esta vez llamar la atención sobre el hecho global de la ciudad abandonada. Ese abandono de León —nuestra primera Capital— es un signo trágico que se repite como un obsesante destino —al estilo griego— en la historia nicaragüense. ¿Alguien ha meditado sobre la movilidad de las ciudades de Nicaragua? No se ha estudiado todavía ese fenómeno, esa trágica peculiaridad de nuestra historia geográfica —la inestabilidad de nuestras principales ciudades— que imprimió, que debe haber impreso un complejo especial en el alma transeúnte, desenraizada, exódica, de nuestro pueblo.

LEÓN Y MANAGUA

Aquella extraña y peregrina pro-

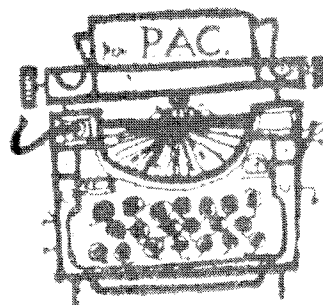
cesión de 1610: un pueblo entero que, después de ayunar tres días en penitencia, camina en silencio bajo las banderas de Santiago y de la ciudad, abandonando su población y en busca de un nuevo sitio: esa capital que huye es un suceso único en la historia de América, pero, dentro de la historia de Nicaragua, es solamente un primer signo y un primer símbolo de su raro y dramático destino. Trescientos veintidós años después la otra capital de este mismo país huye también, desolada por un terremoto. Poco faltó para que Managua quedara abandonada en la otra orilla del mismo Lago que presencié la deserción de León.

Pero debajo del arco de esas dos capitales huyendo, pasa todo un cortejo de ciudades que huyen también, que abandonan, que se trasladan. (En las primeras huellas que registra el hombre en Nicaragua —en las huellas de Acahualinca, hace diez mil años— las improntas de esos primitivos pies son huellas de un pueblo que huye! ¿Cuántas veces el pie nicaragüense repetirá esas mismas huellas a través de nuestra historia?).

BRUSELAS

escrito a máquina

A Propósito de León Viejo



Un extraño destino marca a las ciudades nicaragüenses —el signo de la vieja capital abandonada— mudar de sitio, huir, cambiar...

Bruselas y Nueva Jaén desanarecen. Lo mismo El Realejo y San Juan del Norte.

Nueva Segovia fue fundada cuatro veces. Boaco, Muy-Muy, La Paz. El Refugio de Solentiname: ciudades en borrador. El trágico sino de Granada... etc.

oscuro subconsciente de la historia. En las ruinas, como en los sueños, se almacenan las sombras de lo que fue, esa otra alma que las cosas tienen y que se queda en el tiempo: alma de las palabras perdidas, de los sucesos que deshabitó la vida, almas o sombras de las ausencias adheridas a los lugares y que luego se desprenden y se hacen leyenda, o vagan en imaginaciones, en significados, en voces para la poesía.

Cada pared, cada rincón, cada piedra de ese León Viejo revivirá ahora en interrogaciones como la ca-

Las excavaciones emprendidas por la Universidad Nacional en el lugar donde se suponía fue levantada la primera Capital de Nicaragua han llegado ya a una etapa en que las ruinas descubiertas demuestran hasta la evidencia que "allí fue León".

Siempre conmueve al hombre rescatar del polvo de los siglos y de su ominoso signo de muerte los restos de un pasado. Es como penetrar al



Ya la suerte fue echada desde la primera ciudad que se fundó con el objeto de conquistar Nicaragua. Francisco Hernández de Córdoba fundó en el Golfo de Nicoya —en tierra que iba a pertenecer, por muchos siglos, a nuestra Patria— en la costa oriental, la ciudad de Bruselas. Era la cabeza de puente para la conquista de nuestro país. Poco después de su fundación en 1524, Bruselas fue desmantelada. En tiempos de Diego López de Salcedo se volvió a fundar, pero poco después fue otra vez abandonada. "Quién haya sydo la cabsa e porqué no lo sé en verdad" dice Francisco de Castañeda. Lo cierto es que desapareció la ciudad y que luego perdimos la provincia entera de Nicoya.

NUEVA JAÉN

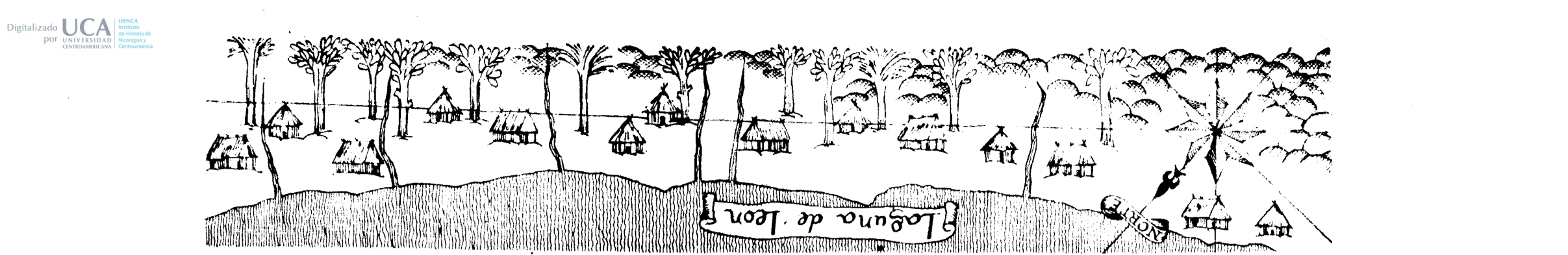
Igual suerte corrió otra ciudad misteriosa que ni siquiera dejó huellas ciertas de su planta: Nueva Jaén, primera ciudad chontaleña, levantada no muy lejos de la actual San Carlos como base para la conquista de la Taguzgalpa y del Desaguadero. Se atrajo a ella a los indígenas dispersos en la región, la poblaron además algunos españoles, se levantaron edificios. Pero Nueva Jaén no echó raíces. ¿Cuál fue su

breve historia de sombras? Hoy sólo queda en esa región una hacienda con el nombre de La Jaén. ¿Habrá sido allí su asiento?

NUEVA SEGOVIA

Pero el destino más doloroso e inestable le corresponde a la legendaria Nueva Segovia, cuatro veces fundada en diversos sitios hasta que se convierte en la actual Ocotlán. Cansada de peregrinar perdió su nombre que quedó esparcido nombrando, no una ciudad, sino un departamento.

Su extraña y dramática historia comienza en la incógnita de aquella población llamada Johanna Mostega —nombre bello y sugestivo, como para una novela de una ciudad de misterio— que en los primeros documentos, ya en tiempos de Pedrarias, parece confundirse con la primera Nueva Segovia. ¿No será éste, más bien —me pregunto yo— el primitivo nombre de Jinotega? Lo cierto es que la primera y la segunda Nueva Segovia desaparecieron por los ataques sorpresivos de los indígenas de esa región norteña que asaltaron la ciudad y mataron a sus pobladores españoles y a sus esclavos negros utilizados en el trabajo de minería. Diego de Castañeda —vecino de



Inestabilidad de Las Ciudades...

Granada— la fundó por tercera vez en 1611 —cuenta el Obispo Valdivieso— donde hoy es Ciudad Antigua. Los indios llamados Guayapes la asolaron varias veces, pero se resistió. El Gobernador Rodrigo de Contreras, segoviano de España, le puso cariño y la Nueva Segovia (o Ciudad Antigua) floreció como flor de la minería primitiva y bastión fortificado contra una población indígena, levantisca y guerrera que ya desde entonces profetizaba las hazañas guerrilleras de Sandino. Morel de Santa Cruz —en 1751— rememora su iglesia parroquial, su convento de las Mercedes, su Hospicio de San Francisco, sus hermosas casas del ayuntamiento y de particulares, su fortaleza y su muralla. Pero cayeron luego sobre ella dos invasiones de ingleses y filibusteros —en 1765 y 85— que la dejaron devastada —y tras esto “sucedieron tales discordias y litigios entre los vecinos que sus caudales se consumieron en papel y estrados”, hasta que arruinada la ciudad (por los piratas y los abogados) fue abandonada por sus principales pobladores. Algunos engrosaron la población de Esteli. Otros sirvieron de población básica para la fundación de la cuarta Segovia —fundada en 1789— en los terrenos de cierto español llamado José Patricio Marín, adoptando el nombre de Ocotol, probablemente porque así se llamaban las tierras o la hacienda del nuevo asentamiento. En su peregrina vida de ciudad que huye, Nueva Segovia sólo fue fiel a un amor: al río Coco. Río por donde entraron sus implacables enemigos, los Piratas, y por donde bajaban los levantiscos indios que entonces llamaban caribes. Pero amaba aquellas aguas fluyentes y transeúntes como su historia, y en su última estación, Ocotol, fue edificada muy cerca de las fuentes del gran río del Norte.

EL REALEJO

El mismo destino de huida y de inestabilidad marcó a nuestro principal puerto del Mar del Sur o Pacífico: el llamado Puerto de la Posesión o Realejo. Ya su misma fundación es violenta y dramática. Dice Herrera que en 1532 Pedro de Alvarado, después de una tremenda tempestad en el Golfo de Fonseca —donde perdió dos navíos— entró al Puerto de la Posesión dejando allí doscientos hombres que no podía embarcar, los cuales principiaron la fundación de la ciudad-puerto. Fue el más renombrado puerto de la Colonia. Tuvo una historia de aventura y drama. Padebió persecución por la piratería hasta que su población también huyó y, con el tiempo, surgió en lugar cercano su sustituto: Corinto.

SAN JUAN DEL NORTE

Y qué decir de nuestro gran

puerto al Atlántico: San Juan del Norte, el puerto “que el viento se llevó”, epitafio de su propio esplendor, ciudad del abandono que la selva estrangula y las arenas lentamente sepultan?

EL REFUGIO

Pero la inestabilidad y la huida no sólo ha marcado a estas ciudades que parecieron nacer para un gran destino. A su trágica sombra hay una multitud de pequeños poblados y villas que también acusan ese inquietante signo, esa movilidad, esa sed por el cambio que consume al nicaragüense, habitante de una geografía pontifical y transeúnte. En estos días hemos leído la información de la labor del Padre Ernesto Cardenal por fundar un pueblo en el archipiélago de Solentiname. Donde nuestro gran poeta sacerdote está levantando esta obra civilizadora, hace siglos otro gran misionero —Fray Ramón Rojas— fundó también un pueblo, “El Refugio”, uno de cuyos vecinos José Núñez, llegó a ser gobernante de Nicaragua. El pueblo se dispersó. Hoy renace.

NUEVOS Y VIEJOS

En otros casos la huida de la población no logra terminar con el poblado. Hay un desdoblamiento. Una parte de los moradores se va y funda una nueva ciudad llevándose el nombre. Otra parte, más apegada y tradicionalista se queda aunque se hunda para siempre en el villorrio. Se enfrentan entonces los nombres: Boaco tiene a sus espaldas un Boaco Viejo. Muy-Muy tiene un Muy-Muy Viejo. La Paz tiene su Paz-Vieja. Etcétera. En todos los departamentos hay esas ciudades en borrador, pueblos corregidos, escritos sobre la geografía y la historia y luego abandonados para una nueva copia de existencia. ¿Qué nos mueve a estas rectificaciones, a estos traslados, a esta eterna inquietud peregrina?

GRANADA

Otro caso —quizás el más dramático de todos por su paradoja— es el de Granada. Aparentemente Granada, por su enraizamiento en su primitivo solar, es el caso opuesto al de León Viejo que deserta y huye. Granada parece la más firme ciudad de Nicaragua y por su perseverancia en el sitio en que fue fundada ha merecido el título de “La Ciudad más antigua de Tierra Firme en América”. Pero, debajo de su permanencia aparente —como en el famoso poema “Le vas brissé”, el ánfora rajada— su población se ha escapado en un continuo irse, en un viaje perpetuo y en un perpetuo desangre.

Su movilidad fue durante siglos fundadora. Su vecindario porteño se

metió en cuanto aventura ofreció Nicaragua aquende o allende de sus fronteras. En la conquista del Perú, en la fundación de Costa Rica, en la guerra contra la rebelión del Manco Cápac. En el descubrimiento del Desaguadero. En la fundación de Nueva Segovia, en la de Chontales, en la de Rivas. Todavía en el siglo XIX los granadinos fundaban Ciudad Rama.

Como contraparte fue seis o siete veces asaltada y casi destruida por los piratas. Luego Walker la redujo a cenizas.

Sin embargo, en toda esta historia hay lucha y afirmación. Granada cumple un destino. Su tragedia comienza cuando ese destino se cierra o se interrumpe y la ciudad-puerto ya no recibe y sólo da. Su sangre que se va, ya no vuelve. Ella queda, pero su gente la abandona.

“Granada, lejano puerto con el corazón abierto”.

Después del terremoto de Managua comienza su historia de “Ciudad Deshabitada” como la llamó el poeta Cardenal en su apocalíptico poema. Ya han pasado los tiempos en que las ciudades se mudan. Nicaragua es pequeña, sus comunicaciones se han multiplicado, la explosión demográfica disimula el desangre de Granada, pero el vaso está roto y su pueblo y su destino se filtran por la invisible rasgadura. Lo primero que parte es el capital. (El

capital busca la Capital.) Los mercados abandonan su puerto. Nicaragua ha dado sus espaldas al Gran Lago y al Río Desaguadero de su historia. Y Granada es el Lago y el Río.

“Viajera de monte y llano Granada había una mano con que tocaba la mar.

Granada, la de la mano cortada llora en el río San Juan”.

Gente nueva llena las casas viejas y eso recubre, disimula, el desangre; pero de pronto queda visible una inmensa ruina: su gran colegio, abandonado por los jesuitas, comienza a gritar con el grito de León Viejo, con el grito de Ciudad Antigua, con el grito de la Nueva Jaén, de Bruselas y del Realejo, la dura y sangrante realidad del abandono.

Pero Granada, puerto de soledad, no agoniza sola: un inmenso Lago y un lejano río de salida a la Civilización han perdido también su destino.

Entre tanto, como una macabra esperanza, los muertos vuelven. Casi diariamente un rápido coche fúnebre trae de regreso al bello cementerio de la ciudad el cadáver de un granadino que hace su retorno póstumo a su tierra, a su puerto.

PABLO ANTONIO CUADRA